

Si se compara el orden de cosas establecido por los normandos con el que existía en tiempo de los anglosajones, se comprenderá que los vencidos vieran con profundo dolor el cambio y que se sometieran al yugo temblando de cólera. Algunos esperaban que la muerte del Conquistador y con ella el advenimiento de un nuevo monarca mejorarían su situación, pero sucedió precisamente todo lo contrario. Guillermo I, que murió en Normandía (7 de diciembre de 1087) á consecuencia de una caída de caballo, había decretado la separación de la Normandía y de la Inglaterra, disponiendo que heredase la primera su primogénito el caballeresco pero inconstante y aturrido Roberto y ocupase el trono inglés su hijo segundo, Guillermo. Esta separación encontró gran resistencia por parte de los barones normandos, que no querían verse excluidos de la explotación del rico archipiélago. Guillermo II, para asegurarse el auxilio de sus súbditos anglosajones, prometiéndoles derogar todos los decretos abusivos y vejatorios de su padre: tal era la calificación que á la obra del Conquistador daban sus vasallos y su propio sucesor, calificación que sin ser injusta no puede considerarse como suficiente. En el despotismo de Guillermo aparece la naturaleza ruda y á menudo brutal del guerrero; pero Guillermo no carecía de aquella habilidad calculadora que era condición hereditaria de su raza. No tuvo amigo alguno; los vencidos le odiaban y sus compañeros de victoria no le querían, porque si bien les recompensó prodigamente, en cambio los sometió á una dependencia hasta entonces para ellos desconocida. Pero precisamente la grandeza del primer barón normando que se sentó en el trono de Inglaterra estriba en la manera con que supo apreciar de un modo completamente nuevo el principio que presidía al desenvolvimiento de todos los Estados de su época, y esto le aseguró un buen lugar entre los grandes fundadores de Estados. La solidez de su Estado, á pesar de las graves crisis que posteriormente surgieron, demuestra lo mucho que Guillermo I durante los veinte años de su soberanía hizo en Inglaterra; y esto es tanto más significativo cuanto que precisamente entonces el odio nacional entre vencedores y vencidos comenzó á ser un elemento político de importancia.

En efecto, mientras Guillermo II, cuya rudeza de sentimientos hacía poco honor á su gran maestro Lanfranc, necesitó de las simpatías de los anglosajones para hacer frente á la oposición de la nobleza normanda, mantuvo las promesas que había hecho en un principio; pero cuando hubo desaparecido el peligro, reprodujo y aun superó las faltas cometidas por su padre. Su despotismo y su codicia se mostraron especialmente á costa de la Iglesia. El arrepentimiento y las promesas de enmienda que una agitación pasajera había arrancado á aquel hombre de rudos y brutales sentimientos, fueron muy pronto olvidados y las amonestaciones del noble Anselmo de Bec, que sucedió á Lanfranc en la sede episcopal de Cantorbery, vacante durante mucho tiempo, quedaron siempre ahogadas por las frases impúdicas de los que acompañaban al rey en su vida de placeres. Al lado de todo esto, causó muy poca impresión el hecho de que, aun bajo este gobierno de disipación, se aseguraran y ensancharan las fronteras, quedando al Norte el Cumberland como territorio fronterizo de Escocia y conteniéndose al Oeste las invasiones de los del país de Gales. Los anglosajones y los normandos respiraron con libertad cuando, en 2 de agosto del año 1100, Guillermo II fué mortalmente herido por una flecha en una cacería.

Su hermano mayor, el duque Roberto de Normandía, se encontraba ausente en la cruzada: algunos desconfiaban de su carácter inconstante y aventurero considerándole funesto; además en Inglaterra no se veía con buenos ojos una nueva

unión con Normandía, y muchos creyeron que había llegado la ocasión propicia de poner coto á la omnipotencia de los monarcas. Por todas estas razones, el pueblo y los magnates, los laicos y el clero, prescindiendo del primogénito, elevaron al trono á Enrique, hijo menor del Conquistador, coronándole en la abadía de Westminster en 5 de agosto del año 1100. El nuevo monarca (1100-1135) procuró captarse el apoyo de los elementos anglosajones prometiéndoles observar las leyes del rey Eduardo, y aun cuando no cumplió al pie de la letra el juramento, mejoraron con él las cosas de un modo notable. Ciertamente durante su reinado no faltaron ni actos de despotismo ni extralimitaciones, pero en cambio desapareció el régimen inmoral y desmoralizador del favoritismo con su indisciplina y sus injusticias, recibiendo el condigno castigo sus desacreditados representantes. Agradable impresión produjo en los anglosajones el hecho de que el joven monarca tomara por esposa al último vástago de la dinastía de Alfredo el Grande, Matilde, hija de la hermana de Edgardo Aetheling y del rey de Escocia Malcolm Canmore. El elemento normando también tuvo muy pronto un poderoso refuerzo. A su regreso de Oriente, el duque Roberto hizo una tentativa para conquistar la corona de Inglaterra, pero desistió de su propósito á cambio de una cantidad, mientras algunos de sus partidarios proseguían, en su excesivo celo, la lucha contra Enrique. Animado con esto Roberto, empuñó de nuevo las armas, pero nuevamente sin resultado, presentándose muy pronto vencedor en Normandía Enrique, que había demostrado ser excelente militar. Roberto, habiendo rechazado el arreglo que se le proponía y que le aseguraba la mitad de las rentas del ducado, fué vencido en 1108 en batalla campal y cayó en poder del vencedor. Aquel héroe, en otro tiempo tan celebrado, murió luego en la cómoda tranquilidad de prisionero tratado á cuerpo de rey (1134). Inútil fué también la tentativa que hizo su hijo Guillermo Clito para reconquistar la Normandía. Enrique, sin embargo, tuvo que luchar siempre en el continente contra la oposición de los inquietos barones; la lucha continuó en las generaciones posteriores, y estos continuos levantamientos en Normandía, fomentados en gran parte por las intrigas francesas, fueron causa de nuevas complicaciones con Francia, haciéndose cada vez más hostil y encarnizada la enemistad que entre Inglaterra y Francia existía. Inglaterra prosperó notablemente durante el gobierno de Enrique I, severo sí, pero al propio tiempo benéfico y previsor: las fronteras quedaron aseguradas; la paz y la tranquilidad dominaron en todas partes; los habitantes de las ciudades y de las aldeas prosperaron; la nobleza acabó por obedecer, y la Iglesia, protegida contra los abusos de la curia romana, cumplió su elevada misión en el sentido nacional. La reconciliación entre normandos y anglosajones, que el prudente rey había iniciado casándose con Matilde, hizo, en tales circunstancias, rápidos progresos.

Sin embargo, Inglaterra, al morir Enrique I (1.º de diciembre de 1135), se encontró enfrente de una grave crisis. Guillermo, el único hijo que este rey había tenido de su esposa Matilde (que falleció en 1118), había perecido en un naufragio durante un viaje que hizo á Normandía. Del segundo matrimonio de Enrique no había nacido hijo alguno, y Enrique decretó que la corona pasara á la hermana de Guillermo, que llevaba el nombre de su madre, y que siendo muy niña había sido casada con el poderoso salio Enrique V (1), á cuya temprana muerte la joven emperatriz viuda había regresado á Inglaterra. Habiendo sido allí reconocida, á instancias de su padre, heredera de Inglaterra y de Normandía

(1) Véase la parte primera.

por los magnates de ambos países, contrajo un nuevo y trascendental matrimonio con el caballeresco conde Godofredo de Anjou, el cual, de esta suerte, estaba llamado á ser el fundador de una nueva dinastía en Inglaterra. Pronto, sin embargo, surgieron algunas cuestiones entre el padre y la hija, que con el descontento que en los barones normandos había producido el matrimonio de la heredera del trono llegaron á poner nuevamente en peligro el orden de cosas establecido. Considerándose que en un Estado guerrero como éste era imposible el gobierno de una mujer, presentóse como pretendiente, y apoyado por algunos influyentes cortesanos, el sobrino del rey, el conde Estéban de Blois, criado en la corte inglesa, dotado de gran talento y en extremo simpático, hijo de Adela, hermana del rey Enrique, que se había casado con el vanidoso conde Estéban de Blois, cuya conducta en la primera cruzada no había sido muy heroica. En su lecho de muerte derogó Enrique el decreto que daba el trono á Matilde; la curia romana y en su nombre el clero, dirigido por el obispo de Winchester, hermano del pretendiente, trabajaron en pro de Estéban, y se les unió después la nobleza guerrera, que no tenía ganas de servir á una mujer. Estéban fué, pues, coronado sin oposición el día de Navidad del año 1135.

Un usurpador no podía gobernar tan rígidamente como sus legítimos antecesores; así es que se notó en seguida cierta relajación que fué de trascendental importancia para el desenvolvimiento del Estado inglés. Por de pronto, la confirmación solemne de las leyes del rey Eduardo, hecha por Estéban en aquellas circunstancias, significó una importante preferencia concedida á las instituciones anglosajonas sobre el régimen feudal militar de los normandos, que además quedó quebrantado por varias concesiones que hizo el usurpador. En una dieta celebrada en 1136 en Oxford, firmó Estéban con los magnates un tratado que solo puede ser considerado como una capitulación electoral. En él no solo se confirmaron á la Iglesia todos sus bienes, derechos y libertades, y se concedió por cédula real lo que en lo sucesivo adquiriera, sino que además se renunció á la intervención que el rey Enrique había tenido en la provisión de obispos y abades, y se derogaron muchas de las innovaciones opresoras que Enrique había introducido en materias de caza y montes. Estéban se obligó también respecto á la nobleza á acabar con las opresiones é injusticias que sobre ella pesaban y á observar lealmente todos los antiguos derechos y buenas costumbres.

Esta capitulación electoral dada en Oxford por el rey Estéban significaba el imperceptible pero trascendental comienzo de la reacción llevada á cabo por los sucesores del conquistador contra la excesiva extensión de los derechos de soberanía feudal y favorecida por el desgraciado curso del gobierno de Estéban. La circunstancia de que Matilde y su esposo trataron de hacer valer sus derechos por medio de las armas dió á muchos magnates el ansiado pretexto para levantarse contra Estéban y para caer sobre sus enemigos llevando á todas partes el saqueo y el incendio. La guerra civil que desgarró á la familia gobernante no solo dió á los galeses y escoceses, vecinos que estaban siempre en acecho, ocasión para reanudar sus incursiones, sino que hizo revivir en los anglosajones la idea de sacudir el yugo extranjero, para lo cual esperaban el auxilio de los escoceses, cuyo rey se proponían elevar al trono. Entonces los normandos, abandonando sus luchas intestinas, firmaron una paz temporal para asegurar su amenazada soberanía: en la batalla del Estandarte, trabada en agosto de 1137 en North Allerton, y en la cual la bandera del reino era llevada en un magnífico carro de banderas, la probada habilidad guerrera de los normandos

rechazó el heroico ataque de los escoceses, desvaneciendo las esperanzas de libertad que habían concebido los anglosajones. Poco después volvieron á estallar las luchas entre la nobleza, de suerte que el rey para atender á su seguridad tuvo que tomar á sueldo mercenarios extranjeros, entre los cuales se distinguieron los brabanzones, caballeros aventureros de los Países Bajos que con sus brutalidades adquirieron muy pronto funesta notoriedad. Además, tuvo Estéban un conflicto con el episcopado cuando se opuso á la injusta ampliación de los derechos señoriales temporales de los obispos y quiso impedir la construcción de castillos episcopales. De este descontento general supo aprovecharse Matilde: apoyada por los encolerizados obispos, al frente de los cuales figuraba el propio hermano del rey, obispo de Winchester, desembarcó durante el otoño de 1139 en Inglaterra, dando la señal de un nuevo levantamiento de todos los enemigos de Estéban. Una terrible guerra civil asoló muy pronto á Inglaterra. Al intentar Estéban reconquistar á Lincoln, en febrero de 1141, sufrió una terrible derrota, recibió una herida y cayó en manos del vencedor. Entonces todos trataron de captarse el favor de la emperatriz, á quien rindieron homenaje los mismos parientes más próximos del rey, y Matilde fué coronada en 1142 en Winchester por el obispo Enrique. En la nueva soberana prevaletió el carácter normando: la inconsiderada explotación de la victoria, la poco noble prisión de Estéban, y sobre todo la derogación de las leyes del rey Eduardo, indignaron así á la clase alta como á la baja. Muchos eran los que deseaban ver á Estéban repuesto en el trono y á fines de 1142 una rebelión iniciada en Londres tomó el desquite de la victoria conseguida por la emperatriz en Lincoln. Cuando Matilde, para rescatar á su hermano, el poderoso duque de Gloucester, que había sido hecho prisionero, puso en libertad á Estéban, estalló de nuevo en el reino una sangrienta y accidentada lucha, en la cual perecieron muchos barones normandos. Esta lucha encendió nuevamente las apenas extinguidas pasiones y fué de efectos en alto grado desmoralizadores por los actos frecuentes de deslealtad, de perjurio y de traición que en ella se cometieron.

Diez años permaneció Inglaterra en esta situación desconsoladora, sin que ninguno de los dos partidos obtuviera una victoria definitiva ni pudiera conservar mucho tiempo la supremacía. La solución definitiva no surgió de los elementos ingleses, sino que fué efecto de las modificaciones ajenas á esta lucha de sucesión ocurridas en las relaciones de las potencias del continente. La esperanza del partido agrupado alrededor de la emperatriz Matilde era el hijo de ésta y de su esposo francés: Enrique, que así se llamaba, era un joven valiente, fogoso, pero prudente y calculador, á quien sus compañeros habían dado el sobrenombre de Plantagenet por la rama de retama que como insignia solía llevar en el casco. Enrique consiguió conquistar la Normandía y ser reconocido duque por el rey Luis VII de Francia, con lo cual, á la muerte de su padre, reunió en sus manos el Anjou y el Maine. De importancia decisiva fué el matrimonio que en 1152 contrajo con Leonor de Poitou, divorciada de Luis VII, mujer de ardiente sangre y licenciosas costumbres, con la cual entró en la dinastía de los Plantagenet el espíritu de intriga y de discordia que tantas desgracias produjo durante la siguiente generación. Luis VI de Francia había podido considerar como una obra maestra de su política el casamiento de su hijo con la heredera de la Guena y del Poitou, pues facilitaba la adquisición de la antigua Aquitania, de la Francia meridional y central; pero Leonor llevó entonces todos estos territorios, la mitad de lo que después fué territorio del Estado francés, á su segundo esposo, dándole



así los medios para luchar contra el rey Estéban con una superioridad de fuerzas que era garantía de la victoria. En 1153 desembarcó Enrique Plantagenet en Inglaterra, y se puso a su lado la mayoría de los magnates. El rey Estéban, profundamente afligido por la muerte de su primogénito Eustaquio y viendo quebrantadas sus fuerzas, se prestó a una avenencia, por la cual debía continuar siendo rey de Inglaterra durante su vida pero a su muerte el trono había de pasar no a su segundo hijo Guillermo, sino al hijo de Matilde, Enrique Plantagenet. Este acuerdo (7 de noviembre de 1153) fué solemnemente ratificado y jurado por los magnates laicos y eclesiásticos del reino, en cuya ocasion los partidos se juraron mutuamente lealtad y prometieron zanjar amistosamente todas las diferencias que aun existían. Estéban, que adoptó al conde de Anjou, derogó una porcion de decretos contrarios al derecho, a cambio de lo cual Enrique prometió mantener a Guillermo, el hijo del rey, en sus ricos dominios y perdonar a sus adversarios. Mas a pesar de las espléndidas fiestas con que se quiso celebrar esta paz, pronto se notaron síntomas que hicieron temer la próxima renovación de la antigua contienda: ambas partes se acusaban mutuamente de no cumplir exactamente lo pactado, continuando las pequeñas contiendas entre los partidarios de una y otra. Para el rey Estéban la exigencia de que consintiera a su lado como rey colega a su afortunado rival y obrara según los consejos de éste, era una dura humillacion; por otra parte, el ambicioso Plantagenet, que deseaba la plenitud del poder, no contribuía por su parte en lo mas pequeño a hacer menos difícil esta situación. Así pudo considerarse como afortunada contingencia que nuevos desórdenes llamaran a Enrique a Normandía y que entretanto falleciera Estéban, en 25 de octubre de 1154.

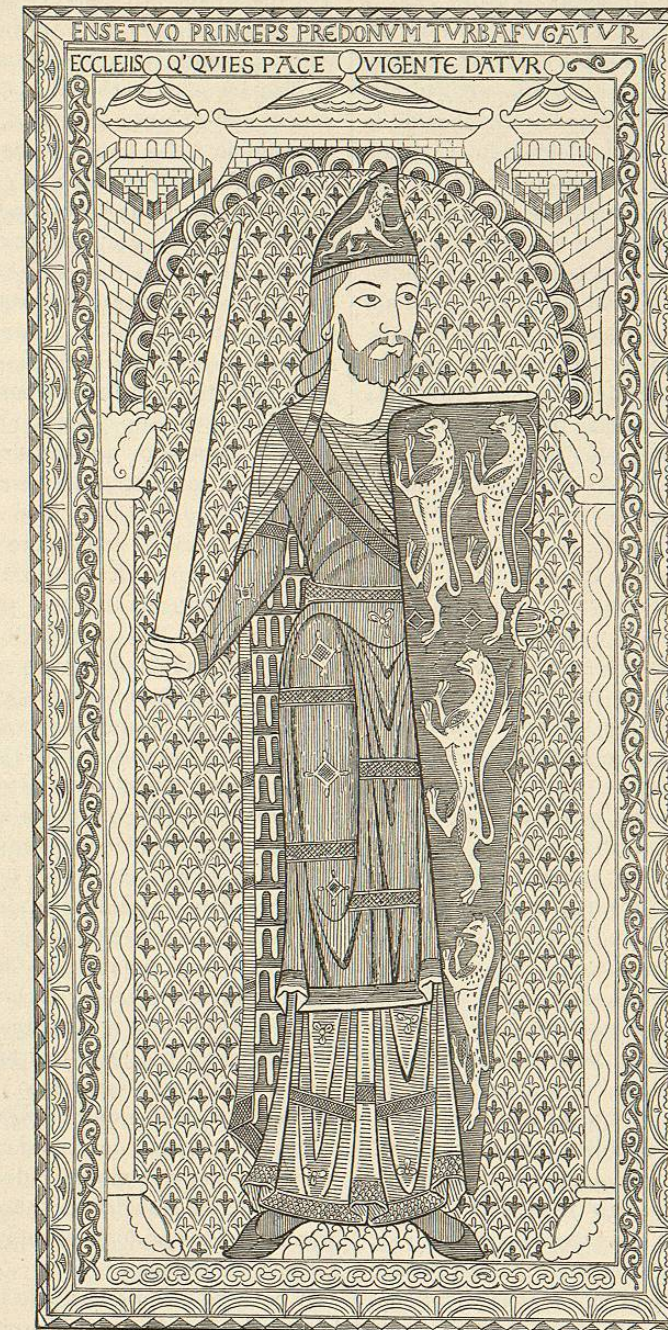
Ninguno de sus antecesores habia dispuesto del poder de que disponia Enrique II, que contaba entonces 22 años de edad y que a la corona inglesa juntaba la soberanía de casi la mitad de la que despues fué Francia. En Inglaterra mirábase con desconfianza el influjo que un dominio tan vasto en el continente podía ejercer en la política de la nueva dinastía, y los temores de complicaciones guerreras que esto inspiraba se vieron confirmados por el tiempo. El poder de los Plantagenet era insostenible para los Capetos, los cuales, mirando por su porvenir y por su propia conservacion, apoyaron a todos los enemigos de la dinastía inglesa que imperaba en ambos lados del canal, pues las condiciones territoriales tendían naturalmente a que la parte de Francia que habia quedado a los Capetos se uniera a la que poseía la dinastía inglesa. De aquí nacieron las guerras que entre sí sostuvieron Inglaterra y Francia durante los siglos XII y XIII. Para hacer frente a tales peligros carecía Inglaterra de verdadera unidad interna y de la concentracion necesaria de todas sus fuerzas. En efecto, el antagonismo entre anglo-sajones y normandos subsistía aun: el nuevo reconocimiento de sus derechos por la renovación de las leyes del rey Eduardo habia aumentado la altivez de los anglo-sajones, que en las luchas intestinas de los últimos tiempos habian recuperado en parte su antigua fuerza, al paso que la nobleza normanda aparecía dividida por aquellas contiendas que la habian hecho perder una buena parte de sus fuerzas y de sus recursos. La misma confederacion del Estado guerrero normando se habia relajado notablemente a consecuencia de aquellos sucesos, lo cual hacía que el rey no fuera dueño de todas sus fuerzas y recursos. La Iglesia inglesa especialmente se habia aprovechado de los apuros por que pasaba la monarquía anglo-sajona para emanciparse del poder del Estado. De suerte que en el sólido edificio del Estado guerrero normando se habian abierto brechas en mas de un punto.

Enrique II (1154-1189) era por naturaleza el hombre capaz de restaurar la rigidez normanda en Inglaterra, y poseía además suficiente perspicacia política para tener en consideracion el cambio de circunstancias; pero su temperamento apasionado y genuinamente meridional le hacia incurrir varias veces en actos de precipitacion. Esto no obstante, Enrique, con su vida de continuo movimiento y de constante lucha fué el verdadero fundador del Estado inglés, pues que ya no buscó en los normandos el único y exclusivo apoyo de la monarquía, sino que procuró atraer a ésta a la poblacion anglo-sajona, devolviéndole, bien que dentro de ciertos límites, el honor de llevar armas, acto trascendental que hacia entrever la posibilidad de una reconciliacion definitiva de las dos nacionalidades é imprimía nueva direccion al porvenir del pueblo inglés que por ambas estaba constituido. De esta suerte pudo Enrique II restablecer el orden y asegurar la paz interior; así consiguió adquirir fuerzas suficientes para sostener con éxito las guerras del continente, en las cuales defendió sus dominios continentales contra los magnates levantiscos y contra Francia, bien que sufriendo sensibles alternativas y apelando a menudo a una política ambigua y desleal. De esta suerte pudo tambien imprimir nuevos y gloriosos derroteros a las fuerzas unidas de la nobleza y del pueblo, comenzando a someter a la tan dividida Irlanda (1170-1175) y haciendo reconocer en esta isla la soberanía inglesa y con ella la autoridad de la Iglesia romana. Con esto renovó, aunque en formas distintas, la relacion especial que el Conquistador habia creado entre Inglaterra y la Iglesia de Roma y conquistó como campeón del pontificado y de la verdadera fe cierto predominio honorífico que le fué de alguna utilidad respecto de Francia; sin contar con que esta guerra irlandesa borró el último recuerdo de la grave culpa que antes habia cometido Enrique contra la Iglesia.

Mientras los magnates laicos de Inglaterra, extenuados por la guerra civil, se sometían por completo al gobierno de Enrique II, surgió un grave conflicto con los adalides de los principios jerárquicos, que el papa Alejandro III habia robustecido nuevamente. La Iglesia inglesa, a la cual poco habian afectado las tempestades del siglo XI, habia tomado un derrotero propio, asegurándose cierta independencia respecto de la romana: así, por ejemplo, el celibato de los clérigos no fué reconocido en Inglaterra hasta el siglo XII, y aun en lo tocante a la cuestion de las investiduras mostróse allí la curia muy tolerante. La lucha que habia estallado entre Guillermo II y Anselmo de Cantorbery, por haberse éste negado a recibir del rey la investidura, derecho hasta entonces ejercido sin oposicion alguna, habia sido terminada en tiempo de Enrique I (1106) por un acuerdo, en virtud del cual, si bien el rey renunciaba a la investidura, los obispos debían seguir prestándole homenaje personal. La monarquía inglesa cedió en la forma, pero en el fondo mantuvo sus derechos, pues los obispos debían continuar prestando como vasallos los servicios feudales y continuar sujetos a la jurisdiccion real. Esto último fué motivo de continuas contiendas, mientras que la pretension de los reyes de nombrar a los obispos, en contra del derecho electoral de los cabildos, si bien dió lugar a algunas diferencias, nunca produjo disputa alguna de principios. Por otra parte, la pretension de la curia de que el clero quedara exento de la jurisdiccion del rey y solo pudiera ser juzgado por tribunales eclesiásticos, fué atendida en tiempo del rey Estéban; y como los clérigos llevaban estas cuestiones por apelacion hasta la misma sede pontificia, de aquí que de hecho se eximieran de la accion de los tribunales políticos del Estado. Los años de guerra civil habian enrudecido de un modo lamentable al clero, que tanta participacion en ella habia tenido, hasta el punto de

que en aquellos diez años los sacerdotes cometieron cerca de cien asesinatos. Enrique II quiso introducir reformas serias en la administracion de justicia, debiéndose a él la institucion de los jueces ambulantes que recorrian los distintos condados, inquiriendo los delitos que se habian cometido y

castigándolos de oficio. Las cuestiones de derecho mas importantes eran llevadas de los tribunales de los condados al tribunal real, es decir, al consejo del rey, que como tribunal funcionaba. Esto garantizaba una mayor unidad en el procedimiento y aseguraba, en oposicion al elemento laico, mas



Godofredo Plantagenet, earl de Maine y Anjou († 1149).

Lápida sepulcral con esmaltes que estaba antiguamente en la catedral de San Julian, de Mans, y que hoy se encuentra en el Museo de esta ciudad

influencia a los jueces ilustrados. La exencion de que disfrutaba el clero era incompatible con esta centralizacion de la justicia, y esto dió origen a la lucha, en la cual se resolvieron para Inglaterra todos los antagonismos, de que tan llenos estaban aquellos tiempos, lucha encarnizada del clero, que queria constituir un Estado eclesiástico no sujeto a ninguna autoridad temporal, con la monarquía, que no podía tolerar en el Estado ningun poder independiente.

Entre los hombres de Estado que auxiliaron a Enrique II ocupó durante mucho tiempo el primer lugar el canciller

Tomás Becket, ilustrado sacerdote de origen burgués, celoso campeón de los derechos del rey, ilustre así en la guerra como en la paz, colmado de distinciones por Enrique, de severas costumbres, pero aficionado al esplendor siempre que se trataba del honor de su soberano y del poder del Estado. En 1162 fué elegido, no sin cierta intervencion por parte del rey, arzobispo de Cantorbery, y desde aquel momento fué representante formal de las tendencias eclesiásticas elevadas, que entonces adquirían cada día mas fuerza por la influencia de Alejandro III y el cisma en que todo